





Ana y los soldados



Mauricio Betancourt

Ana y los soldados



Primera edición: mayo de 2017

© Publicación y comunicaciones Caudal, SL.

© Mauricio Betancourt

© Ana y los soldados

ISBN: 978-84-16824-30-4

ISBN Digital: 978-84-16824-31-1

Depósito Legal: M-10515-2017

Editorial Adarve

Calle Marcenado, 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

IMPRESO EN ESPAÑA - UNIÓN EUROPEA

*A Alicia Barrientos Mac Gregor, a Nadime Mejía
y a Engracia Vázquez, grandes, queridas amigas,
por tantas tertulias, por ser como son.*



Engañosa es la gracia, y vana la hermosura;
La mujer que teme a Jehová, ésa será alabada.

PROVERBIOS 31-30

Tantum religio potuit sadere malorum

LUCRECIO



I

Aquí, donde la peste brota de cada pared, de cada muro, de las bancas mal barnizadas, llenas de recuerdos y espectros (lo único que les quedó, lo que permanece, sentirlos cuando se deslizan en los anocheceres de noviembre, siempre ese noviembre en la mente de cada uno, donde quiera que estén, sobre todo esos tres, sobre todo), peste, hedor imborrable, peste escondida bajo el altar, entre las figuras de barro, siendo expelida de las enormes pinturas, imitaciones grotescas, desproporcionadas, y afuera la hierba surge por los cráteres que el desdén ha dejado en sus pisos, envuelven, poco a poco, un hechizo ya inútil, las rejas dejadas de pulir desde hace mucho tiempo, los rieles del portón eléctrico, ahora inservible, las figuras de los santos y vírgenes que adornaban la entrada. Se divisan vidrios rajados en los pisos de arriba, el jardín, motivo de orgullo, como tantas otras cosas, en esos tiempos de la bonanza, cuando los muros brillaban y la iglesia era antesala del Paraíso, se ha vuelto un muladar indigno, una señal más para recordar la terrible vergüenza silenciosa y rastrera. Pese a todo, no ha sido abandonada, ocupada por curas menos carismáticos, una mancha en el sur, una mancha más profunda, y habría sido motivo de justicia, de una pálida victoria, que su decadencia se hubiera debido al crimen, pero aquí, en este país, en este tiempo, en toda la Historia, no se resuelven las cosas así. Tanto tiempo del crimen. ¿Diez años? Doce o veinte; antes del Internet, antes de los celulares, antes. Lucía como un restaurante de moda, donde las viejas llegaban execrando perfume, un tipo de peste distinto, pero peste al fin, o un antro, donde los jóvenes se aferraban a encontrar la verdad en el sitio menos preciso; lugar para gente bien y no tan bien: los venidos a menos, los que alguna vez prometieron algo. En medio de ese maremagno aún había algunos cuya asistencia a misa asemejaba el perdido fervor,

y ante los objetos divinos, ante el sacramento de la Eucaristía, ante el sacerdote, el respeto de los feligreses, de tres, en realidad, solo de tres, ninguno más, penetraba como la espada de Miguel en los escondites más recónditos del alma y la desgarraba en gajos que caían en el fuego bienhechor, en el fuego de la purificación, en el fuego del consuelo. Pues cada domingo, desde los tiempos de las ilusiones, los mismos feligreses aparecían como pájaros heridos, heridos por una semana de pecado, una semana de angustia, una semana de tentación, ante las puertas de la iglesia y entraban, la mirada en el piso, los hombros a la altura del respaldo de las bancas, para escuchar al padre David, quien bajo el designio de la mano de Dios los guiaba hacia el camino de nuevo. No todos los feligreses podían cumplir con la difícil disciplina de acudir a misa de ocho cada domingo. Ni siquiera los feligreses asiduos y firmes podían considerarse... esa palabra desvirtuada por un sistema jacobino inmoral, empequeñecida, objeto de sorna: elegidos. Feligreses con reclamos claros o súplicas evidentes. Feligreses cuya asistencia a misa formaba parte de una rutina inculcada muchos años atrás, recorrido maquinal sin una reflexión profunda, acto tan carente de sentido como lavarse los dientes o prender el televisor al llegar a casa. Sólo esos tres, que descubrieron cada uno en su propio tiempo, en su propia forma, haber alcanzado tan alta vigilia, podían ser definidos. A lo mejor nunca lo hubieran descubierto si no fuera porque los designios de Dios —no podía ser de otra forma— una mañana de sol intenso, los condujo a sentarse en la misma banca de la majestuosa e inolvidable nave de la iglesia. Y comulgando juntos; ya antes habían dado —¿no era milagroso?— la misma cantidad de limosna, y recitado de memoria la misa entera, e hincado, levantado y sentado, un segundo antes de que el padre David —tan bello, tan joven, tan angelical— hubiera dado la orden incluso; y —¡oh, ingenua miopía humana!— ni siquiera eso los tocó. Fue al terminar el oficio. Ellos, esos tres, púdica, humildemente, dejaron a la nave vaciarse, con vértigo al principio, por los obligados a ir: las parejas infames a punto del casamiento, y debían asistir —forzadas— a misa, para cumplir así con el primer requisito de las pláticas matrimoniales. Tan inútiles, ¿verdad? Tan falsas, cierto, tan ofensivas. Las conocíamos tan bien, las despreciábamos tanto, les teníamos lástima inmensa y profunda: pobres miserables; alejados de la fe, alejados del amor de Cristo:

¡jamás seréis felices! Nosotros lo sabíamos, ¡vaya que lo sabíamos! Y Dios nos perdone, hasta podíamos caer en el pecado de la soberbia, pues nos sentíamos superiores a ellos. Nosotros que, ya viejos, sí, Guillermo también, al menos de espíritu, sin haber conocido las garras del amor carnal —la forma más baja del amor—, sin haber acumulado las riquezas ostentosas que gran parte de estos mozalbetes indignos ya habían conseguido, o iban en camino de conseguir; nosotros que hubimos de golpearnos y masacrar nuestra carne para no caer en tentación y librarnos del mal; tan fuerte el mal que, en nuestras mocedades grisáceas, hubimos de masturbarnos, sintiendo deleite y culpa, ante las imágenes groseras y vulgares de anuncios y mujeres disipadas. ¿Ella? ¿Qué le causaba deleite? Nosotros que terminamos como el tío, o la tía, solterón, o solterona, de la muchedumbre engendrada por nuestros hermanos; nosotros que realizamos la acción más bella, alta y difícil para un ser humano: consagrar su vida, la vida es miserable y sin valor intrínseco, al amor de Cristo; nosotros que, sólo aceptamos ser simples pecadores, nos sentíamos superiores a esos desvergonzados, a esos desgraciadísimos que mancillaban con sus anhelos prohibidos al Señor, con sus poses desangeladas, con sus risitas hirientes en pleno servicio, ¡en pleno servicio!, con sus rostros púberes y voluptuosos y lascivos, con sus autos último modelo y, sobre todo con su energía, su vitalidad, vitalidad satánica, vitalidad para comerse al mundo. O los que salían después, en forma doliente, regodeándose en su nata de huesos desechables y sentidos aturados, los impedidos, de quienes pronto seríamos sus iguales, y los veíamos incapaces de hincarse, y pese a todo, entendíamos: no iban por el amor a Cristo; sino por su terrible y fatigada culpabilidad. «Cuánto habrán pecado», pensábamos cada uno de nosotros, sin saber todavía, que los otros dos pensaban igual. Y veíamos sus pieles restregadas. Y percibíamos los hedores de sus cuerpos sólo humedecidos por el agua bendita —nuestra agua bendita— y sus orines. Y veíamos a los cojos arrastrando sus pies taimados con tal laxitud que parecían dirigirse al infierno; y veíamos a los dos ciegos inevitables de nuestro templo conducidos por sus lazarillos; ¡y los rostros de los

ciegos!, imaginándose elegidos también, tocados también, pero no basta con la ceguera, se requiere de algo más, eso, nuestra certeza... Afuera la kermés de hipócritas hablaba con el padre David. El padre David se mostraba complaciente ante las súplicas descabelladas, ante los comentarios banales; dejaba —emulando la paciencia de tantos santos— que los bellacos le besaran la mano, se genuflexionaran ante él, lo reverenciaran como, no nos atrevemos, pero sí nos atrevemos, si fuera un ídolo. Y el padre David —bello como el cielo divino— soportaba cada domingo, después de su servicio, lo mismo. Aguardaban su turno para tocar al padre David. Y fue entonces cuando en las mentes de cada uno, surgió una luz, tenue al principio, pequeña al principio, tímida como sus corazones impolutos, que los iluminó y señaló lo evidente: habían estado sentados en la misma banca, habían comulgado al mismo tiempo, habían dado la misma cantidad en la limosna, salido al mismo tiempo, visto hacia el cielo al mismo tiempo, y ahora, formados púdicamente uno detrás del otro, semejantes a los ciervos más humildes, a las ovejas más... púdicas del rebaño del joven y maravilloso padre David.

—Yo quisiera pedirle una súplica —le dijo al fin doña Cuca con su voz interminable como río de agua sucia, robustecida por sus sesenta y tantos años de virginidad dolorosa como los clavos de Cristo; mientras tocaba con sus manos rocosas el rostro de manzana del padre David—. ¿No sería factible, o sea posible, que se le colocase un foquito, o alguna luz, atrás de usted, o arriba, digo: en el techo? Es que... ¿sabe? —dijo aún más púdica, más humilde, alta como la banqueta donde conversaban—. No le podemos ver la carita. Por lo menos adonde me senté hoy. Es que... ¿sabe? Hoy se me hizo un poquitín tarde. ¡Je, je! —rió mostrando sus dientes picados y amarillos—. Y adonde estaba hoy, pues, no se le podía ver su carita —la acarició de nuevo—. Nomás se podían ver penumbras.

Esta vez el padre David no se mostró angelical. Le sonrió a doña Cuca, pero una sonrisa alejada de la amabilidad. Acabó siendo una sonrisa forzada, al menos así la vio doña Cuca, una sonrisa reprobatoria, una sonrisa intransigente. Doña Cuca, aplastada, se retiró sin ganas de vivir. Atrás de ella, avanzó con desdén en su actitud, Fermín Izaguirre, burócrata de edad incierta, aunque nadie hubiera calculado menos de cincuenta y tantos años, incapaz de haber hallado siquiera alegrías efímeras entre la soledad onírica que apresaba su cuerpo, y su fanatismo

exacto como reloj de bolsillo, con la única ambición de jubilarse para quedar refundido en su pequeño departamento de arañas en los rincones y paredes cuarteadas.

—Hermoso sermón —le dijo con su voz impostada y fallida; le resultaba imposible oscurecer el verdadero timbre de su voz, equivalente al chillido de un ratón—, hermoso en verdad. Sus sermones de usted son extraordinarios. Parece mentira que alguien tan joven sea tan sabio. ¡Nuestro Señor lo ha iluminado! ¡Gracias, padre! Yo desearía que más y más gente viniera a escucharlo, pero, ya ve —dijo Fermín haciendo un vago gesto para indicarle las parejas de novios que se formaban con impaciencia en la puerta contigua—: no todos vienen con ánimo de celebrar a nuestro Salvador. Me parece una ofensa terrible.

El padre David se encogió de hombros. Fermín Izaguirre, con la astucia aprendida en su trabajo de oficinista para sobrevivir con las menores responsabilidades, entendió que el padre David no deseaba entrar en polémica. Se conformó con agacharse y besarle la mano. Fue un beso largo y apasionado, como si fuera una víbora devorando a un topo. Un beso que dejó la manita del Padre húmeda de saliva y la frente húmeda de bochorno. Después avanzó Guillermo. Él se conformó con decir alguna palabra rápida, besar la manita del padre David aún con mayor presteza, y alejarse furtivo. El padre David no era un buen fisonomista; en parte por la cantidad despiadada de gente que lo veneraba, en parte porque no había podido eliminar el pecado de la vanidad del todo, pero ya había reparado en Guillermo. Tenía cuatro meses asistiendo a su misa con la decisión capturada en su entrecejo. El padre David empezó a notarlo; envidiando quizá su alta estatura, su cuerpo vigoroso y atlético, su mirada oscura como los rincones apartados y tristes de la nave, y conforme fueron pasando los domingos monótonos, sencillos y místicos de un cura y su grupo de adoradores, el padre David notó cambios en la fisonomía y en la actitud del muchacho. Guillermo se hundía en el dolor, no sólo eso: se regodeaba en ese dolor, dolor disparado de su cuerpo envidiable para estrellarse contra el techo de la nave, para confrontar a Dios. Y el padre David vio la mutación de Guillermo. Vio sus movimientos envejecer décadas en esos dieciséis domingos, ya no era el más alto de sus feligreses, su espalda se había encorvado como figura de hule; su mirada ahora era opaca como la piel de los ratones que los monaguillos atrapaban en la cocina de la iglesia,

y a quienes el padre David, asqueado, horrorizado, pedía, suplicaba, que los mataran lejos de él. Y ese domingo, fue inevitable comparar a Guillermo con los dos feligreses anteriores en la salutación. Y hubiera sido risible, hubiera pertenecido al humor de las carpas, si el contraste no fuera tan absoluto. Y el padre David descubrió algo parecido a la piedad por ese muchacho (rondaría la treintena) que pareciendo tenerlo todo, apostaba por el camino de los mártires.

El domingo siguiente volvieron a encontrarse en la misma banca. Esta vez doña Cuca les sonrió como si fuera una quinceañera de tobilleras y nariz barnizada de acné, envuelta en la tórrida pasión de dos galanes incapaces de vivir sin su amor. Ellos le devolvieron la sonrisa y se acomodaron como si estuvieran en el cinematógrafo para escuchar la misa del padre David. Motivo de orgullo para doña Cuca: un foco nuevo (al lado del altar) alumbraba la cara del sacerdote. Ahora podrían reparar en cada mirada, cada gesto, cada eructo del padre. Por primera vez en su vida notaron que ni siquiera les preocupó gran cosa el contenido del sermón. Frente a ellos, como estrella en el cielo, el padre David y sus gestos, sus movimientos enfáticos, serían asimilados por ellos; mensajes secretos, mensajes crípticos, destinados a ellos, nada más a ellos. Necesario completar el rito. Cada uno volteó hacia el cielo a la salida, cada uno felicitó al padre David a su manera, cada uno reparó en las parejitas inservibles que se formaban en la oficina para las pláticas. Y fue doña Cuca quien les comentó sobre la graciosa coincidencia de haberse vuelto a encontrar. Y fue doña Cuca quien les preguntó sus nombres de pila, para incluirlos en sus oraciones, y fue doña Cuca quien los invitó a comer a su casa, claro si no había inconveniente, si no tenían algún compromisillo. Y ellos terminaron aceptando porque precisamente no tenían ningún compromiso, y no por que doña Cuca les aseguró ser cocinera ejemplar. Y sobre todo aceptaron porque don Fermín —revelación divina— los arengó diciéndoles que ellos tres parecían los feligreses más fieles, los seguidores más devotos de nuestro amado padre David; y aunque no se atrevió a decirlo, en el aire bendito de la iglesia quedaron suspendidas por ángeles las palabras elegido, tocado.

La casa de doña Cuca se localizaba a cinco cuadras de la iglesia. Las calles de la colonia (elegante cuarenta años atrás) se habían ido poblando por tintorerías, misceláneas, talleres y carpinterías; peor, se habían ido poblando por chamagosos en edad de arrojar piedras a las ventanas

de las casas y tirarse al suelo cuando una mujer pasaba cerca de ellos mostrando sus intimidades a causa de esas faldas cortas, invitación a pensamientos pecaminosos, y malvivientes que no despreciaban el cemento y barniz, materia de trabajo de los changarros, para su deleite particular. El paisaje creaba una pintura chocante al combinarlas con las casas sobrias, de gran altura y apestando a sal, de los vecinos, cuya edad o falta de dinero, no les quedaba más remedio, esperaban el final de sus vidas dignas entre gritos de chalanes y albures; acorralados cada día más ante la nueva barda pintarrajeada, ante el pleito del señor Sánchez con los miserables por un nuevo rayón a su viejo coche, ante los gritos destemplados a todas horas de los amantes de la cáscara callejera. ¿A dónde se había ido la ciudad de su niñez, de su memoria? Guillermo arribó primero. Ya doña Cuca tenía media hora de haber acabado de cocinar y el aroma del mole verde, platillo escogido para esa reunión, alegró el olfato del joven. Ambos tomaron asiento en la sala y dejaron al pesado silencio derrotarlos. Doña Cuca realizó un par de intentos para entablar conversación, algo no difícil para ella, pero sus esfuerzos se estrellaron contra los monosílabos de Guillermo. El único avance fue la copita de anís que su anfitriona le ofreció tres veces. Guillermo se dedicó más bien a observar la sala de doña Cuca. Tenía sillones y cuadros, todo se veía tan viejo, limpio y cansado... Había floreros de porcelana, aunque ninguno libre de rajaduras, flores desordenadas dentro de éstos, rosas pálidas mezcladas con girasoles, y mantelitos percutidos debajo. La amplia escalera curveaba al alcanzar el piso de arriba, vestigios de una elegancia nunca poseída, pero ahora ni siquiera disimulaba tenerla. El pequeño jardín que se veía a través de la ventana de la sala luchaba contra la soledad de Cuca para que sus flores y pasto no se secaran. Pese a ser domingo, el ruido de bocinazos ocasionales irrumpía en medio de la sala. Se escuchaban gritos de voces jóvenes, se escuchaba el ruido al abrir las cortinas de acero que poco a poco, como hormigas feroces iban sustituyendo las rejas de casas similares a ésta, el último faro, la última piedra. Media hora después tocó Fermín. Ambos se levantaron con presteza y recibieron al viejo como nunca nadie lo había recibido en su vida: como triunfador.

—Disculpen la tardanza —emitió la voz pituda—. Me entretuvieron unos negocitos. Sí, ya sé, ¡hasta en domingo! Pero hay cosas que no puede uno dejar ahí nomás.

—¿Una copita? —inquirió doña Cuca.

—Una cubita no estaría mal, qué no.

Guillermo lo envidió. Tanta presencia de ánimo, tanta seguridad; a decir verdad, él también hubiera preferido una cuba o una cerveza y no el líquido dulzón que bebía con sorbos lentos. Vio la copa de anís entre sus manos, manos toscas, manos rudas; manos torpes, manos desapegadas. Vio los pellejos en sus dedos... vio unos dedos suaves, largos, escuchó murmullos en la noche. Vio unas manos suaves, delicadas: manos creativas, manos apasionadas. Escuchó el sonido de otro tipo de motores. Vio una sala donde la luz estaba presente. Una sala con ventanales amplios mostrando un jardín de guirnaldas y secretos felices. Una sala donde había un piano de media cola y donde los sillones eran tan confortables que cualquiera podría dormir con sus más caras ilusiones ahí. Guillermo hubiera deseado quedarse en esa sala hasta el día del juicio final. En esa sala no se sentía ridículo. Lo sabía: pertenecía a esa sala, a esas manos. Graciela tenía veinte años. Los ojos verdes como foquitos de un circo, y el estruendo de días felices, su piel como los duraznos de la infancia que Guillermo acariciaba por cada poro mientras apuraba el anís. No necesitó mayores ruegos esta vez, aceptó una cuba “bien cargadita”, como dijo (medio en broma, medio en serio) don Fermín. Y, una vez más, el alcohol realizó el milagro. Guillermo abrió la boca en una mueca parecida a una sonrisa y poco a poco, igual a las gotas de lluvia que parecen caer como aromatizante de entre ramas de árboles atrayendo a los necesitados de contacto para acabar en un diluvio ofensivo, la plática de esos tres... tocados, arreció, y lo que en un principio había sido considerado como una monserga para Fermín, una ligereza para Cuca, y un deber ominoso para Guillermo, se convirtió en un festín pintado de rojo y morado, que habría de durar hasta la media noche de ese domingo memorable, donde hallaron tantas cosas en común, y entendieron que sus almas sonaban a la misma hora, y sus creencias se fundían con las creencias de los otros dos, haciéndolas más firmes, más puras. Después, durante la semana, cada uno fue incapaz de no pensar más que en los otros dos, ambicionando (¿no podríamos caer en el pecado de la gula?) que el domingo llegara veloz, ágil. Y cuando el ansiado día arribó en una mañana clara, cálida, dulce, los tres sintieron a su corazón volviendo a latir. Se bañaron con alegría, se frotaron el cuerpo con el vigor dado por la pasión, se vieron a la entrada de la iglesia, y se

miraron a los ojos, la mirada del cómplice, del miembro de una secta, de una secta maravillosa con acceso sólo a los elegidos, y lo entendieron, la semana había transcurrido igual para los otros dos. Decidieron entrar en la iglesia con una nueva actitud, levantando el pecho, levantando el rostro, dejándose admirar por los otros, aunque éstos no lo entendieran, no lo podían entender. Caminaron con las piernas más firmes, inicio de un desfile, del desfile esperado todas sus vidas, y tomaron asiento en la misma banca del domingo anterior, y escucharon con la misma devoción la misa de los labios immaculados del padre David. Con todo, lo más importante, se sintieron tan bien de estar juntos... se sonrieron cuando terminó la misa, repitieron el rito del domingo memorable, y volvieron a comer en casa de Cuca, donde la tarde los condujo a las puertas del amor cristiano. Y decidieron volver a comer en casa de Cuca el domingo siguiente, y quedó su destino marcado para el resto de sus vidas: a misa los domingos y a comer en casa de la apreciada, de la gentil, de la querida doña Cuca. Fermín, «para no parecer un individuo vividor», llegó con dos botellas de ron, que abrieron al terminar de comer.

—¿Saben lo que se me ha ocurrido? —preguntó Fermín que había luchado por el liderazgo del grupo.

—No —le contestaron entre risitas y algún eructo mudadizo sus compañeros.

—Pos, que nos la pasamos tan bien... y ¿gracias a quién? —preguntó mientras trastrabillaba hacia el bar.

—¿A Dios? —inquirió tímida doña Cuca.

—Sí, claro, pero, ¿a quién más?

—¿A nuestra devoción de ir a misa? —insistió doña Cuca.

—Sí, claro, pero, ¿a quién más? —repitió Fermín con la terquedad del borracho—. ¿A quién? ¿No dan? ¡Pos al padre David!

Fue como si los clavos de Cristo hubieran perforado sus mentes obtusas. Claro, todo se lo debían al padre David, mucho más de lo que habían creído antes de la revelación de Fermín. El reconocimiento del hecho forzó a una nueva ronda de copas, a nuevas confianzas y a la inapelable decisión de invitar al padre David —tan bello, tan joven, tan angelical— a una opípara comida el domingo siguiente. «No sería de gente bien nacida ignorar a quién tanto nos ha dado», como dijo, alguna lágrima escondida en sus ojos apagados, Fermín.

El siguiente paso de la confianza es la indiscreción. Ese domingo habían bebido más allá de lo permitido por sus almas cristianas. Ignorantes, seguro, de estar en pecado, comenzaron a revelar cosas que sin el maldito alcohol hubieran permanecido sepultadas en sus corazones amoratados. Hablaron de la empedernida soltería de Fermín. Además, estuvo la cuestión de su fortuna:

—Yo no hice dinero en la vida, cierto, certísimo, pero no por que no haya podido, sino porque no quise. Hacer dinero es muy fácil —se le quedó mirando a Guillermo—, muy fácil. Esa es la verdá. Yo no quise hacer dinero. Y no se crean; oportunidades, me sobraron para hacerme rico. Pero no quise. Y si por eso ninguna vieja, ¡perdón doña Cuca! Ninguna mujer me quiso, tanto peor para ellas, ¿no?

Doña Cuca, como nunca la habían visto, como nunca la volverían a ver, el rostro enrojecido, las arrugas dilatándose como los paneles de un elevador, confesó las causas de su forzada soltería. Planes matrimoniales, galán apuesto, el único hombre que en realidad había querido en su vida, en realidad había amado, la dejó por una de sus grandes amigas. Tanto cuidarse, tanto esperar, y a los veintisiete años, cuando el miserable me dejó, ya no era edad para reponerse de los conflictos del amor, de la injuria a mi familia, a mi padre amado... Así, las arrugas la alcanzaron poco después, y aceptó con ánimo de superar su culpa convertirse en la tía solterona, y ahora la tía abuela solterona del obsceno número de sobrinos que el cielo le había mandado a cada uno de sus hermanos y hermanas; como si en el nacimiento de cada uno, viera el rostro del criminal, en cada risa de mi familia, el mudo reproche a mi vergüenza secreta. Sólo fue mi amadísimo padre el que lo supo, a nadie le dijo, a nadie, nadie....

—No me arrepiento de haber permanecido casta. Mi amor lo dediqué a nuestro Señor Jesucristo. El hombre más grande que ha existido. Y no, no me arrepiento. Soy feliz. Soy feliz con el amor a Nuestro Señor Jesucristo. Muy, muy feliz.

El tercero en pasar y el último en la confesión. Guillermo estuvo incluso más cerca de casarse. Hasta había rentado un departamento por dos años, y comprado muebles. No terminó ahí. Ya le había comprado un anillo de compromiso, la había pedido, y habían decidido la fecha para casarse.

—Mis dos grandes pasiones fueron ella y la fotografía. Yo, lo único que quise en la vida fue ser fotógrafo. Y le decía: «¿Te imaginas cuando me vuelva un fotógrafo famoso, y mis fotos estén en todas las revistas importantes del mundo?» Pero, creo que nunca entendió mis sueños, quizá nunca le importaron. No sé, no sé. Yo la... adoraba... Me quise morir, lo confieso. Pero Dios...

No pudo terminar, un sollozo brotó de su garganta, como si la bestia quisiera jalarlo. Sí, lo había dicho, se había atrevido a decirlo: quiso suicidarse. Y por eso, por cobarde, se refugió en Nuestro Señor, en la religión. ¿No es eso mal visto por la Iglesia? ¿No debemos entregarnos al amor de Nuestro Señor, por amor, no por necesidad, por debilidad? Pero sus dudas se disiparon pronto, el dolor que Guillermo mostraba en esos momentos, les hicieron entender que él era un elegido... un tocado por la gracia de Dios. Y fue tanto su dolor, sus lágrimas que salían incontrolables, sin decoro ya, que Cuca, idea brotando como redención, como misericordia infinita, le propuso presentarle a una de sus numerosas sobrinas. Es tan buen muchacho, es tan noble, tan puro de sentimientos, cualquiera de mis sobrinas, si son abusadas, se darán cuenta de lo valioso del muchacho, es una ganga, una ganga. Guillermo no le prestó atención. Después de todo, es difícil que alguien a quién le han roto sus ilusiones, pueda buscar otras. No. Guillermo se sabía incapaz de hallar el amor.

¿Por qué no me dijo a mí, si no quisiera conocer a alguien? ¿No merezco ser amado? Después de todo, no estoy tan tirado a la calle. Vieja miserable. ¿Por qué a Guillermo sí, y a mí no?

El padre David no aceptó la invitación ese domingo ni el siguiente ni el siguiente. Pero la cuarta vez que las voces plañideras de Cuca y Fermín lo volvieron a acorralar, el padre David no encontró pretexto y consintió en ir, ahora sí, el próximo domingo. Aún más difícil le resultó a doña Cuca la segunda misión. Después de haber meditado cuál de todas sus sobrinas podrían ser dignas de su Guillermo, de haber descartado a las de novio y a las que —por diversos motivos— no la toleraban (con el correr de los años, la mayoría), arribó a la conclusión definitiva: la hija de su hermana Valeria era la indicada, no porque reuniera las virtudes indispensables para ser considerada una buena mujer, sino, porque era de las pocas que no huían de la casa cuando llegaba a visitar

a cualquiera de las hermanas, con sus interminables letanías y quejas sobre la vida mundana, el pecado en todas partes, en fin. Le habló a Valeria ese mismo día. Durante la plática, descubrió que Ana seguía «muy apurada» con sus estudios universitarios, los novios no le duraban pues no tenía tiempo para ellos, y, la verdadera revelación para Cuca, Valeria le comentó riendo: «Va a ser la quedada de la familia». Claro, Valeria se arrepintió al instante de haberlo dicho, aunque Cuca ni siquiera se dio cuenta, tan interesada estaba en hablarle sobre el muchacho, «buen católico» y trabajador, que había tenido la fortuna de conocer en misa. Le contó las vicisitudes recorridas por ese joven ejemplar. Le contó de la pureza de su alma, reflejada a cada momento; en cada acto de su vida, le contó sobre su costumbre de levantarse de madrugada todos los días y también en domingo, le contó sobre su fortaleza física (como un toro), pero sobre todo sobre su fortaleza moral. Un muchacho como los que ya no había. Le contó sobre su dolor, pero, estaba segura, su corazón, como el águila, solo dormitaba antes de abrir sus alas para volar de nuevo; le contó, conclusión inspirada en el divino, que había pensado en Ana, porque, lo había soñado, ¿cuántos sueños, visiones hay en la Biblia? Harían una linda parejita. Valeria se mostró harto escéptica. ¿Ana la parejita de alguien? Si existía una palabra para definirla era la de rebeldía. Sus gustos parecían en pugna con la educación recibida. Sus diversiones eran los campamentos con sus amigos, seres rarísimos, llenos de *piercings*, de tatuajes extraños y playeras manchadas (¿se bañarían al menos cada tercer día?), los antros y tugurios, y todo porque como lo había dicho en los innumerables pleitos: «los sociólogos no podemos renunciar a conocer todos los lugares que conforman al mexicano, si no, valiente socióloga sería». Pero, arrepentida por su indiscreción, y porque, después de todo, Cuca era su hermana, la única de las hermanas que no se había casado, la pobrecita, por lo que le prometió hablar con Ana cuando regresara. No habló con ella ese día, pues (normal en ella) había llegado de madrugada a casa. Así, se vio obligada a soportar los ligeros reproches de Cuca cuando la telefoneó al día siguiente por no tomarla nunca en cuenta. Por fin vio a su hija un par de noches después y le explicó la idea de su tía consentida, nada más falso. Ana reaccionó con la risa estridente, tan ofensiva (las mujeres decentes no se ríen así) y le preguntó por qué la tía que nadie quería había pensado precisamente

en ella. «¿Qué daño le he hecho yo para tratarme con tal sadismo? ¡Si yo soy de las que todavía la saludo!». Como sucede cada vez que a uno le molesta hacer algo, cuando le ponen obstáculos para hacerlo, de monserga se vuelve obligación, se transforma en amor propio; en guerra de voluntades. Lo mismo le ocurrió a Valeria. En ese momento dedicó su vida, las siguientes semanas, a convencer a su hija para acercarla al tal Guillermo. Quién sabe, pensaba, a lo mejor la puede volver más seriecita, menos... moderna. Si algo tiene Cuca es un estándar, no se mezcla con jipiosos ni comunistas, como los amigos de Ana. Ana, cuya estancia en casa era el estrictamente necesario para continuar dentro de los pruritos familiares, la redujo aún más. Así no supo del plan ideado por su madre, había convenido con Cuca para que ésta llegara el sábado a desayunar y hablar con ella. Ana no tuvo escapatoria. Ante los ruegos de las viejas, ante los chantajes moralígenos (ya en la desesperación) de su madre, «te he tolerado todo, hasta tu virginidad tirada a la basura a los quince, nunca te lo reclamé», terminó por aceptar. Habían dedicado las dos mujeres tanto tiempo y energía, que Cuca, para atemperar, le dijo sobre la reunión del domingo. Así, con tanta gente, si Guillermo no le simpatizaba, podría despedirse rápido y no habría ocurrido nada desagradable para ella. «No —le respondió Ana—, nada desagradable, sólo una tarde tirada a la basura, como cuando tenía quince, ¿verdad madre?». Pero como lo dijo con buen humor, su madre sonrió con cierto embarazo.

Con respecto a Guillermo, éste sufrió una transformación evidente a partir de las descripciones de la vieja. Ana era alegre, simpática, buena muchacha. Le mostró la única foto que tenía de ella (de dos años antes, además), y Guillermo al ver la nariz pequeña, con una ligera capa de pecas, los ojos de avellana, el cabello castaño, lo entendió: era la mujer de su vida. La ilusión de buscar la peligrosa segunda oportunidad, la más dañina, la mortal, no lo detuvo. Quiso creerlo, le quedaba una posibilidad más. Y, basado en esas descripciones, más detalladas y minuciosas, Cuca complacida en alentar al muchacho, cada vez él más interesado, había llegado a conocerla. Y era la mujer con la que había soñado toda la vida. Tan hermosa, tan dulce, tan maternal... La mujer para formar una pareja, para casarse, para tener muchos hijos, para ser, al fin, feliz. ¿Graciela? ¿Quién era Graciela?

El domingo ansiado, el domingo doloroso, el domingo definitivo, llegó al fin. La misa del padre David —tan bello, tan joven, tan angelical— careció del brillo de otras ocasiones. No fue el sermón dulce y suave de tantas mañanas, no incluyó la pasión arrastrada por su voz aterciopelada, llena de misterios naranjas y arrobadora. Su voz fue plana y monótona. Para esos tres feligreses no importó. Esa tarde el padre David iba a ser suyo, eternamente suyo. Ya era una tradición: Guillermo arribó primero. Doña Cuca sonrió con picardía al ver el cambio experimentado por el muchacho desde esa mañana. Traía puesto un pantalón de casimir y camisa de algodón, en vez de los pantalones de mezclilla raídos y sucios habituales. Los pelos hirsutos de la barba, podados con esmero. Hasta traía una sonrisa pegada al rostro como calcomanía. Mayor sorpresa encontró Cuca al ver el aspecto de Fermín, había optado por un saco azul, y un pantalón verde, los cabellos engomados, evidente, él también procuraba causar una impresión agradable. Cuca se desconcertó. ¿Buscaba causarle una buena impresión a ella? Sí, debía de ser así. El padre David, por el contrario, llegó vestido con un traje negruzco, muy usado, pero que acentuaba la belleza de su rostro, como los hábitos de las monjas hermosas. La presencia del padre David, ahí, frente a ellos, junto a ellos, con ellos, uno de ellos, lo demostraba ya, sin ninguna duda: ellos tres habían transgredido la vida breve, la vida mezquina, la vida común, para alcanzar la vida mística, la vida eterna. Habían sido tocados por el aliento de Dios. La plática se volvió un remolino. Cada uno le preguntaba al padre David sin esperar a que el otro terminara. Guillermo, con todo, se daba sus mañas para ver la hora. Ya no vino. Pobre Cuca. Trató. No cabe duda. El problema soy yo. Ante la derrota, Guillermo pasó a dirigir la ofensiva de las preguntas. Él, siempre tan callado, hasta que vio el rostro de Cuca, un rostro triste por él, confundido aun (Guillermo no podía interpretarlo, demasiado reciente) entre la piedad y el escarnio. Sí entendió el rostro de Fermín: rostro feroz, burla en cada expresión, rostro de alivio. Parecía que le habían quitado un peso enorme de encima. Y de locuaz, Guillermo pasó al silencio, al silencio de la desesperación, de los sueños truncados, del abismo. Así, Guillermo, como el único sobreviviente de un avionazo en medio del mar, aferrándose al salvavidas, había intentado ponérselo, intentado aferrarse, a la oportunidad presentada por Cuca. Pero Ana no llegaba, no

iba a llegar. Fermín se había vuelto sádico: «Tu sobrina se me hace que no va a venir. Tu sobrina, se me hace que nos dejó plantados. Tu sobrina, se me hace que no le interesó nuestro amigo». Al padre David le interesó saber de qué hablaban y Fermín, interrumpiendo a Cuca, le contó el plan del «moderno cupido», como dijo entre risas. El padre David miró a Guillermo con intensidad. Guillermo ya deseaba que ese domingo tan horrible terminara pronto; huir en vez de despedirse; no volver a ver a doña Cuca, al cabrón de Fermín, al amado padre David... ¿Acaso debía sufrir más? No quería otra cosa que la tierra se abriera y lo tragara. El padre David, le habló del amor de Dios, le habló de la resignación que todos debíamos tener. Se calló de pronto. Descubrió que en vez de consolar a Guillermo, lo estaba lastimando. Guillermo apuró su copa, y sin pedir otra, fue él mismo al bar a servirse. Cuca, intentando que la nube pasara, le preguntó al padre David sobre el sermón de ese día. Y, mientras el padre David, hablaba con parsimonia, con autosuficiencia sobre los misterios del alma; iluminaba, una vez más, las mentes y las almas de sus feligreses, llegó, como el sol, como la luz que indica el camino para salir de la cueva, como el trueno que nos hace mirar hacia el firmamento y darnos cuenta de nuestra pequeñez, Ana.



II

—Sí, y nos reunimos con unos compas —entusiasmado, Víctor.

—¿Quiénes son esos compas?

Mientras hablaba con Víctor miraba, una obsesión, mi obsesión, ¿la única?, ojalá, pero no era así, una peor, más grave, más destructiva, el librero, tantos textos, demasiados tópicos: política, historia, filosofía, adiciones recientes sobre sociología, pero sobre todo, *tout le reste est littérature*, y sin un orden particular. Un desorden feliz y liberador. Cuántas horas en las librerías más renombradas, refugio de los escritores en ciernes, de los diletantes, de los impostores, sin duda, y todos ellos, llenándose de libros, como si fueran rollos de papel higiénico, o fruta de tianguis, la pregunta cuya respuesta adivinaba: ¿cuántos de esos libros serían leídos en realidad? También rincones para los inconformes, para los que buscaban algo más, al menos me intentaba convencer de eso, en la espera de hallazgos, libros dirigidos a mí, como si se tratara de un mensaje secreto, subliminal, entre el autor, ni siquiera el autor, convencido entonces del famoso apotegma de Jakobson, sino del texto y yo, escondidos entre tantos volúmenes inocuos, sabiendo que el mejor lugar para esconder un libro precioso es, la paradoja, junto a otros libros, libros de arena. Sobre la cama, el cuaderno abierto, la pluma a un lado, los primeros versos de la noche. Otro sueño irrealizable, pero un sueño como cualquier otro, como los que sueñan con triunfar en el deporte, o enriquecerse de forma alocada e inmoral. Lo sabía, con todos mis problemas, todos mis fallos, todas mis derrotas (tantos y tantas), tenía esa certeza. *Ars longa vita brevis*, mi bastión, mi razón de ser. Difícil optar por el agobiante camino de la poesía, sobre todo en este momento, en este país. ¿Pero si no eso, qué? ¿Si no yo, quién? ¿Quién puede cruzar las calles y regresar incólume? Nadie. Condenados a estar cubiertos de mierda

por el resto del tiempo universal. Voz antes fuera cuacua. Claro, la atroz metáfora de la existencia humana inmersa en la mierda. Beckett tenía razón. No en las librerías, donde sentía la trascendencia, el diálogo con quienes me precedieron, y el sueño, formar parte de esa secta. A través de la ventana de la alcoba, séptimo piso, edificio como cualquier otro, clase mediero, ¿debería decir: «pequeño burgués»? de la del Valle, zona cada vez más conservadora, aunque entonces, ciego, no me daba cuenta, y sin embargo, veía esas calles, mis calles, y las veía cada vez más grisáceas, más pálidas. Mientras los vecinos, tan diferentes a mí, indudable, cada mañana en la búsqueda de la felicidad, creyendo alcanzarla por medio del trabajo incesante, salir en las mañanas heladas, y las pequeñas, mezquinas recompensas: el nuevo televisor, el nuevo estéreo, para presumirlas, presumían la caja, esto es, mientras entraban en sus casas, demorándose un poco más en subir y así asegurarse que los otros vieran las nuevas adquisiciones, y en los momentos de verdadero frenesí: un automóvil nuevo. La maldad del sistema, la telaraña del sistema, ahora sin escapatoria posible, ninguno de ellos, ni yo, él, ese joven, ahora soy otro, quisiera creerlo, Heráclito tenía razón, menos que todos. Yo, él, ese joven, Andrés Llorente, el peor, el mayor farsante, la jorobita de carbón más insignificante, arrastrándome en este planeta pequeño y sin importancia. Cuando Víctor regresaba a la ciudad no tenía más remedio, debía verlo. No se trataba de evitar al viejo amigo, cuántas parrandas, cuántas borracheras juntos; el mundo entonces resultaba algo menos amargo o mucho más amargo; sí, tantas cosas juntos, pero ahora, otra época, otras circunstancias, deseos de buscar nuevas ventanas; ahora (entonces) recurría al *Poema en octubre* de Dylan Thomas, y, ya desde entonces, me daba cuenta, también era una farsa. Tenía algunos meses trabajando en una empresa de medios, la más reconocida en el país, un logro haber conseguido chamba ahí. Importante puesto de gerente, irrelevante para los directores y vicepresidentes, irrelevantes, ellos, así mismo, para los dueños: alfombras humanas todos ellos. ¿Los dueños? Alfombras persas, a lo sumo. Ahora vestirse con trajes grises, azules y cafés; cuidar el boleado de los zapatos y combinar las corbatas para no desentonar con el resto del atuendo. Ahora las camisas blancas y blancas con rayas grises, rayas tenues. Víctor se había quedado en un momento anterior, en la época de la revuelta. Cuando íbamos a cambiar al mundo, revoluciona-

rios, izquierdistas, optimistas... cuántas parrandas juntos, cuántos sueños, parecían siglos. Metamorfosis también, ese joven, tan lejos ahora de mí, de esta estampa fina, jodí el camino. Siete años atrás. ¿Ocho? Eso no importa, Víctor se había casado. Como su esposa era de Sinaloa, se establecieron en Culiacán, creo. Esas ciudades, sin gran diferencia entre ellas. Duraron cinco años y vino la separación. Todo indicaba un divorcio amargo y difícil, aunque Víctor había sido parco. Cuatro hijos incluidos en el paquete. «Sí le platicó el esmero de la mujer para envenenarles el alma —frase de Víctor—, envenenarlos contra él». Tan malo el asunto, tan desagradable, tenía semanas sin poder ver a los hijos, otra razón para no negarse. La mujer había escogido el camino del cliché, de ponerle todas las piedras posibles, tanto el odio, tanto el rencor. Y pese a los problemas, pese a que no podía ver a lo que más quería, eso repetía con la insistencia del predicador, Víctor repetía los códigos, los tropos de los años felices. Prefería ocuparse en la discusión política, en beber como antes bebíamos, en continuar su revolución. Lo sabía. El deber del amigo, y sin embargo no lo busqué. Cada quién con sus cosas, en fin. Víctor no se lo tomó a mal, quizá ni se dio cuenta. Yo sí. No fui un verdadero amigo, caray. El sentimiento de culpa y dándomelas de ateo, con un profundo desprecio por lo religioso, la institución, claro, los profesionales, claro, pero, sobre todo, por los seguidores; los borregos, las ovejas, claro. No tan claro. Otra certeza: nada más despreciable. ¿Cuándo comenzó ese odio por lo religioso? El viaje a Puebla. El niño Andrés, tan diferente también, a los doce años. Madre había organizado la expedición para pagar una manda en la catedral. Habíamos salido temprano, llegar a la ciudad, padre, madre, hermana, él, el niño, ir a la iglesia y luego pasear, comer rico, el delicioso mole, los dulces de la región, camotes. Ése había sido el cohecho. Miraba el paisaje, el padre, buen conductor, libraba las curvas de la carretera con pericia; la radio prendida, mi hermana leyendo alguna historieta. Recuerdo haber volteado la mirada hacia el cielo, tan vasto, hermoso, azul, la magnificencia de Dios, y no. La respuesta, me di cuenta ahí mismo, no me satisfacía, me faltaba algo, sentía tan incompleta la formación de la premisa. Y cuando llegamos a Puebla, justo antes de entrar a la catedral, como si se tratara de una revelación, aunque no podía tratarse de una revelación, les dije, mi primer acto de rebeldía: «Yo me quedo afuera, vayan ustedes». Y mi padre me

miró con enojo: «Si no crees en Dios, al menos lee a los filósofos, a los científicos, para tener una opinión informada; si no, es sólo un capricho de niño». Claro, me lo dijo para que precisamente modificara mi postura y aceptara a Dios, pero eso fue lo que hice, lo que haría por el resto de mi vida. Y desde entonces me llené de libros, desde los evidentes, claro, Nietzsche, su *Anticristo*, su *Zaratustra*, los textos de Schopenhauer, los escritos de Russell, y a partir entonces, la mezcla de filosofía con literatura, con los nuestros, libro entrañable, de un tiempo entrañable, al menos eso quiero creer. La larga lista de los escritores latinoamericanos que supieron escapar de regionalismos y nativismos. Pobres diablos, aquellos, eso pensaba entonces, quizá lo siga pensado. Y después, poco tiempo después, los europeos, los gringos de la generación, y descubrí, ya estaba en la universidad para entonces, que el mozalbete de doce años había tenido la razón, y, en todo caso, esas lecturas, leídas con ingenuidad, con apasionamiento y algo de ciencia, reforzaron esa idea original. «¡Oh, padre! —pensaba— quizá eras tú quien debió haber leído más», pero no se lo recriminé, no hubo tiempo. El ataque al corazón fulminante, claro, sin posibilidad de despedirse, eso había ocurrido cuando cursaba el segundo semestre, pero, en todo caso, agradecerle, le había dado un camino y una meta a ese chaval que con la muerte, con enfrentarse a la muerte, lo obligó a cambiar de forma rotunda. Sin embargo, el sentimiento de culpa, claro, como cualquier siervo ojete estaba arraigado en mi cuerpo. Dos mil años de tradición y de adoctrinamiento dejan mella, sin duda. Y fue por eso, después de todo, claro, que había consentido en ver a mi amigo el viernes en la noche.

En el departamento había cuatro individuos, parecidos a nosotros, diferentes a nosotros. Departamento similar al mío, acaso más limpio, pero con muebles similares, aparatos electrónicos similares, música similar, eso sí, carente de libros. Al menos ningún libro en la estancia, ni en la alcoba que alcancé a divisar mientras me dirigía al baño. Eran clase-medios como yo, como Víctor no aceptaba, seguía sin aceptar, pero no eran como yo, eso quería creer. Y sin embargo era aquí donde se reunía con el amigo. ¿Qué es el hombre? Recordé el planteamiento de Cassirer: animal simbólico, ¿suficiente? No. Mejor pensar en el ámbito de la nada, piedra fundacional de esa otra filosofía, y casi no presté atención a las manos extendidas, a las sonrisas forzadas de los nuevos compas,

mientras se presentaban. Esos nombres no volverían a decirme nada el resto de mi vida, o al menos, así lo supuse, como el mío no les diría nada a este cuarteto de especímenes sedientos y miradas claras. Era claro, a quien Víctor había bautizado como el Elvis, por el peinado e indudable parecido con el famoso icono, era la voz cantante de los otros. Los otros parecían seguir sus órdenes, un regordete llamado Samuel, el más amigable a la hora de las presentaciones, un moreno con mangas cortas, deseoso de mostrar sus bíceps, Facundo, y el más joven y más callado de todos ellos, Rodrigo, no mayor a los veinte años y en cuyo departamento nos encontrábamos. Pronto nos pusimos de acuerdo sobre el lugar para beber y conseguir (las ilusiones siempre, el ser humano, el hombre, no cambiaba) mujeres. Abandonamos el departamento en dos autos. Víctor y yo en el viejo automóvil de mi amigo, los otros en el poderoso Cougar del Elvis.

La mesa resultó poco acogedora de tan larga para el número de bebedores, la esperanza aún de ligarse a las pocas mujeres, feas, ajadas, sucias, pese al esmero con que estaban arregladas al pulular por el restaurante bar, se mantenía como un código secreto entre todos. Había música en vivo, vehículo inevitable para entorpecer el diálogo, convertido en una retahíla de gritos destemplados. Fútbol, sin duda, lo que estaban bebiendo, claro, un poco mayor de cuidado con respecto a la misión primordial, las mujeres, las mujeres. Una reunión como cualquier otra. Víctor hablaba de Sinaloa, forzando el acento para aparecer como un culiacanense más. Los nuevos amigos reían divertidos. A mi lado se había sentado el joven Rodrigo. Había hablado poco desde su departamento, quizá algún gruñido rápido, conformándose con admirar el porte del Elvis, el aplomo del Elvis, pero el alcohol le comenzaba a distraer la lengua. Algunos de las mesas vecinas bailaban con las mujeres que habían llevado con ellos. Los nuevos amigos se conformaban con verlas a la distancia. Era claro: el plan de conquista iba en camino al fracaso.

—¿Y cómo son las viejas en Culiacán? —quiso saber el Elvis.

—Uta, compa; rebuenas y nada agarradas. Son morras bien abiertas. Eso sí, hay que ser cabrón, porque sí no te ven la cara de pendejo.

Los amigos rieron, grandes risotadas, algún manotazo en la mesa.

—Habrà que ir —dijo el mamado de Facundo.

—Claro, tan invitaos.

Habían pedido una botella de Presidente que se acababa pronto junto con las pequeñas botellas de coca y de agua mineral. Elvis decidió pedir la segunda.

—A lo mejor te caemos en un par de semanas. No antes porque tengo muchos asuntos. O ¿cuándo regresas a Culiacán?

—Sí, me voy el lunes.

—O sea, tu último fin aquí, ¿ya?

—Ey.

—Y lo decidiste pasar con nosotros. Gracias —dijo Elvis.

—Buenos compas, ¡salud! —levantó el vaso Víctor.

Bebimos. Ya los rostros menos alegres. Noté a un nuevo grupo de mujeres, cuarentonas, quizá más viejas, que en ese momento entraban y se sentaban en una mesa. Le hice señas al Elvis para que las volteara a ver. Después de un rápido vistazo, Elvis meneó la cabeza.

—Están muy jodidas.

—Cierto, parece que nos quedaremos chupando solos —dije.

—¿Ustedes no tienen morritas a quien contactar? —preguntó Víctor.

—Sí, pero ya es tarde —le dijo Elvis—. De haber sabido hubiéramos hablado antes.

—Simón puede conseguir cualquier vieja, seguro —habló al fin Rodrigo, llamando a Elvis por su nombre real.

Facundo, las copas ya habían hecho su efecto, se levantó de pronto y quiso hablar con una mujer que acababa de sentarse en la mesa contigua. El tipo con quien había bailado caminaba despacio hacia el baño. Tanto Samuel como Elvis, riendo, lo detuvieron y lo obligaron a sentarse. «Perdón —decía Facundo—, perdón», entre dientes.

Los demás no se dieron cuenta, pero la mujer le sonreía a Facundo. No dije nada.

—Así somos —dijo Elvis—. Nos gusta el desmadre.

—A quién no —respondí—. ¡Salud por los nuevos amigos!

Todos levantaron la copa y bebimos con desparpajo. La segunda botella llegaba a su final cuando Víctor se levantó para ir al baño y me hizo una señal para que lo siguiera. Ambos llegamos con cierta dificultad.

—Hay que tener cuidado con estos compás —me dijo—. No nos vayan querer enjaretar más de lo que nos corresponde. Nosotros somos dos y ellos cuatro.

—Sí, no hay problema.

—No sabes, luego estos cabrones se quieren pasar de lanzas. En Cuiliacán no nos dejamos. Allá si alguien se quiere aprovechar les rajamos el hocico.

—Claro, claro.

Víctor me llegaba al hombro, y yo no soy precisamente alto, uno setenta y seis, a lo sumo. ¿Cómo le había hecho para sobrevivir en Sinaloa? Facundo entró al baño y sin decir nada se dirigió a uno de los retretes. Lo oímos vomitar. Ya no dijimos más y salimos del baño. Víctor, una sonrisa burlona, yo deseando que la noche se acabara.

Contra lo esperado, había una nueva botella de Presidente esperándonos. Elvis nos sirvió dos copas. Al poco tiempo regresó Facundo, sonreía, la sonrisa de alguien que ha cometido una travesura y se sentó al lado de Víctor. Bebimos más de prisa. El Elvis soltó un par de chistes y habló sobre sus mujeres, sus tantas mujeres, me empezaba a hartar su actitud. Rodrigo seguía mirándolo con admiración. Samuel cabeceaba, la cruda iba a estar terrible. Miré mi reloj: casi las tres de la mañana. Pensé en el poema que había dejado por acompañar a Víctor. ¿Sería capaz de terminarlo o como todo en mi vida, quedaría condenado al fracaso, a quedar inconcluso? Ana. Tres semanas ya. Qué poca madre. Un poema dedicado a Ana. No había sido la más bella, ni la más sensual. Había sido ella. Al triste. Una sola mujer. Los recuerdos se mezclaban. Una copa más. Reírse de algún chiste malo. Recordaba el aroma de Ana, más que otra cosa, lo único que no podía dejar en las fotos, tantas fotos, un par de álbumes llenos con sus fotos, y descubrir que la soledad es peor cuando sólo quedan las expresiones fijas, cuando se insiste en regresar a esas fotos una y otra vez. Rodrigo al fin volvió a hablar. No entendí lo que dijo, ¿de verdad importaba? ¿Era un comentario inmortal? Víctor al lado del Elvis bebía más de prisa. Elvis apuraba su copa también. ¿Cuántas botellas ya? ¿Cuatro? ¿Cinco? Facundo tenía la mirada vidriosa, perdido en algún momento anterior, otra vida, más feliz, más fácil. Como la vida con Ana. Ahora no recordaba las dificultades, extrañaba la vida con ella. Su risa, sus niñerías que tanto me gustaban, tanto me excitaban. Los días del amor duran tan poco. Los días con los amigos aún menos, quedaban estos episodios: beber con extraños, beber hasta desgastarse el hígado, el corazón, en espera de que el milagro se cumpliera y poder sacar de

una buena vez el objeto del dolor. No disfrutaba la velada. Después de todo, ¿fue necesario beber tanto para el descubrimiento? Rodrigo abría la boca y mostraba los dientes como idiota, sin perder detalle del diálogo entre El Elvis y Víctor. Víctor jugueteaba con el vaso, los hielos derri-tiéndose entre el escaso líquido. Samuel, quien el estruendo del lugar lo había despertado, le volvió a servir, nos sirvió a todos. Tuve un deseo incontrolable de sacar la cartera, ver la foto que aún permanecía ahí, como el tumor que no puede operarse porque está incrustado en el ce-rebro, pero la sonrisa idiota de Rodrigo me contuvo. Facundo, de plano, echado para atrás, la cabeza colgándole. Me levanté con dificultad, «¡qué pedo estoy!», y le acomodé la cabeza a Facundo contra el borde de la silla lo mejor que pude. «El América es el mejor equipo, chingados», decía Elvis, miraba a Víctor, pero Víctor asentía, en eso te cabe toda la razón. Elvis, demostrando su hombría, pidió una botella más.

—Oye, pinche Elvis —preguntó Víctor, no tan pedo como él—, ya, conéctate unas pinches viejas.

—Ya es tarde, ya es tarde.

—Ah, pinche Elvis, se me hace que nomás eres ocasionao.

Sonreí de nuevo, les dije salud a todos de nuevo. Los que pudieron se levantaron con dificultad. Rodrigo, de plano, se había quedado sentado, pero también levantó el vaso.

Elvis sí se había levantado con presteza.

—Brindemos, pues —dijo Elvis.

Chocamos los vasos. Todavía quedaba media botella. ¿Quién sería el bravo? Ya no quería beber. Elvis, sin hacer caso, tomó la botella, el pulso algo tembloroso, eso sí, y nos sirvió, intentó servir a partes iguales, salvo a Facundo, que permanecía en estado comatoso. Víctor soltaba carcajadas. No me interesó saber por qué, preocupado por beberme esa última copa, despacio, sin causar un accidente. Cerraba los ojos, me sentía mal. No supe cuándo ni cómo, pero la cuenta apareció en medio de la mesa, como la boca de un volcán, como la entrada al infierno. Víctor la tomó y sacó su cartera. Arrojó su tarjeta a la mesa y dijo «hagamos las cuentas».

—¿Quién te crees, pendejo? —lo increpó el Elvis, poniéndose de pie— ¿Que no tenemos dinero, que te vamos a robar?

Samuel y Rodrigo también se habían levantado. Elvis empujó a Víctor.

—Párate, pendejo —decía el Elvis—. Párate y vamos a rompernos la madre.

Momentos difíciles. Rodrigo se me quedó viendo, en su mente, sin duda, cruzó la idea de que eran tres, Facundo estaba fuera de combate, no lo necesitaban, podrían con nosotros dos. Víctor no decía nada. Soportaba con el estoicismo del mártir los empujones y amenazas del Elvis, después de todo éste me sacaba una cabeza y veinte kilos, al menos. Víctor no tendría ninguna posibilidad. Yo tampoco.

—¿Qué pasa? —pregunté— Nos estábamos llevando bien. Velada agradable.

—Tu pinche amiguito queriéndose pasar de verga —la mirada torva ya del Elvis, el rostro desencajado—. Creyendo que somos unos pinches gorriones.

—No hay tal. No hay problema, de veras.

—Nosotros les podemos romper la madre —me dijo Rodrigo—. No saben con quién se meten.

—Pero si nos habíamos caído bien. Tú me caíste muy bien —abracé a Rodrigo—. De veras no hay pedo.

Rodrigo quiso separarse de mí, pero su fragilidad, su delicadeza se lo impidió. Me di cuenta que me odiaba. Elvis le soltó un golpe en el rostro a Víctor. Víctor se desplomó sobre la silla y luego cayó al piso lentamente. Yo seguía abrazado de Rodrigo. Elvis movió la pierna, la intención de patear a mi amigo era evidente, pero se contuvo.

—Tú tampoco nos caíste mal —me dijo el Elvis—. Es tu pinche amiguito. Mira. Nosotros podemos pagar todo.

Sacó una tarjeta de crédito también.

—Amigos, todos, ¿no creen? —saqué la cartera, ahora sí: el rostro de Ana, mientras colocaba la tarjeta sobre la mesa—. Pagamos entre todos, y una disculpa por el malentendido. Es más, invitemos al Facundo. Está madreado.

Víctor se levantó con trabajo. El rostro encendido de ira, la mirada llena de rencor e impotencia, pero no dijo nada. Empujó con sus dedos la tarjeta hacia el centro de la mesa, donde estaban las demás.

—No hay pedo —dijo entre dientes al fin.

Elvis sonrió y colocó las tarjetas sobre la cuenta. Mientras el mesero regresaba con los recibos, propuso un último brindis con el poco líquid-

do que nos quedaba. Nos levantamos al fin. Víctor también estaba de pie con un ojo semicerrado, un hematoma debajo del ojo. Pinche Elvis. Solté a Rodrigo y abracé a Elvis. Puta madre. Entre Elvis y Rodrigo se llevaron al amigo caído lentamente. Se notaba que no era la primera vez que hacían eso. Elvis aún nos volteó a ver. Nosotros esperamos cinco, diez, quince minutos. Asegurarnos que no nos vayan a madrugar afuera. «Asegurarnos que no nos seguirán», mascullaba Víctor, el rostro enrojecido, los puños apretados. Al fin salimos del antro. Víctor estaba callado, no era para menos. Mientras esperábamos al valet, me fijé en el rostro golpeado de mi amigo. Vi el rostro enrojecido más por la vergüenza, que otra cosa. Al fin llegó el automóvil. Nos dirigimos a casa. Víctor intentó poner el asunto en perspectiva.

—Pinche noche. Qué bueno que no hubo problema, pero la época de ser Superman ha pasado. Rompernos la madre a esta edad, ya no.

—Tienes razón —le dije—, ya no estamos en la época de Superman.

—¿Tú estás bien?

—Sí, no hay pedo.

Víctor manejaba con las manos aferradas al volante. El pleito había tenido la ventaja de bajarles el cuete. Víctor manejaba con seguridad. A lo mejor los otros no. A lo mejor mañana leería en el periódico la triste noticia sobre otro borrachazo, grupo de jóvenes muertos por la imprudencia, por el alcohol.

—En Sinaloa no nos andamos con cuentos —Víctor ya un poco más asertivo, retomando el discurso mítico, pobre amigo—, si hubiera pasado a mayores, sí hubiera habido un pedotote. No me hubiera dejado.

Miraba el cielo de la madrugada. Algunas estrellas aún, no encontré la luna. ¿Dónde estaba la luna? Pasaban de las cuatro. ¿Estaría Ana dormida ya? Sin duda había salido también. Ana. La frase de Víctor, la justificación de Víctor seguía quemándome el cerebro: la época de Superman ha pasado. ¿Existió alguna vez?

Víctor ya hacía planes para la noche de ese nuevo día; «conozco una viejas, nos vemos más tarde, seguro».

«¿Por qué carajos tuve que salir?», pensé.